

XII

La familia Restaud regresó de París, después de dejar su palabra á Mr. Cottin de que sería el esposo de Sofía.

Entendíase esta promesa, sin embargo, contando con que la joven no demostraría repugnancia alguna, sino que se sentiría inclinada por una tierna afición á su prometido esposo.

Contaba aún tan pocos años, que una mudanza podía llegar, sin que ella misma se apercibiese del cambio de sus sentimientos.

Todavía no sabía nadie si Sofía amaba á Augusto Cottin, y acaso la misma Sofía lo ignoraba.

Gustavo recibió á sus tíos y á su prima con aspecto severo y tranquilo; sin embargo, su palidez era espantosa; un observador inteligente se hubiera asustado de ver el círculo negro que rodeaba sus ojos y la llama fatídica que en aquellos ojos ardía.

Su tío le reconvino dulcemente por su precipitada salida de París, y su tía la achacó á alguna carta de amor que había recibido, y en la cual se le ordenaba, á no dudarlo, que fuese inmediata-

mente al lado del objeto amado, que le acusaba tal vez de infidelidad.

—Si tienes novia, primo, te puedes casar el mismo día que yo, dijo Sofía graciosamente; porque ya sabes que me caso.

—Lo sé, dijo Gustavo haciendo un heroico esfuerzo para manifestar tranquilidad.

—¿Te agrada mi prometido?

—¡Le he hablado tan pocas veces!

—¡Oh! ¡basta con una para amarlo!

—¿Le amas tú?

—Con todo mi corazón.

—Acaso como amabas hace poco tiempo á tus muñecas.

—No, primo mío, respondió la joven con dulce gravedad: ¡yo amo á Mr. Cottin con todo mi corazón! le amo así desde que salvó á mi padre de una muerte cierta y del suicidio; porque mamá me ha dicho que papá se hallaba decidido á morir.

Sofía echó los brazos al cuello de Mr. Restaud, y le abrazó convulsivamente, como si hubiera temido aún que la suerte se lo robase.

—No era posible hallar á mi amor de padre un esposo más digno de tí, dijo el negociante; casándote con él, hija mía, tu madre y yo estamos seguros de tu felicidad.

Augusto corrió á Burdeos, no bien hubo dejado sus negocios en actitud de caminar por sí mismos; su alma vivía más que nunca al lado de

Sofía; su amor, niño al principio como la adorable criatura que lo inspiraba, había crecido con aquella, y el tiempo lo había robustecido con generoso cuidado. Cuando sus negocios volvieron á llamarle á París, se despidió para volver lo antes posible, y cada día una larga carta á Sofía aliviaba los dolores de la ausencia.

Sofía esperaba todos los días aquella carta, asomada á una ventana del salón; desde lejos distinguía al cartero, y su corazón palpitaba con violencia; cuando terminaba la lectura, lágrimas de alegría corrían de sus ojos é iba á llevarla á su padre, á su madre y á Misstris Rawlings, que la leían reunidos.

Un año pasa muy pronto cuando se compone de días felices y cuando la esperanza le lleva sobre sus alas: la época prefijada para la boda de Sofía llegó, y algunos días antes del señalado para la firma de los contratos llegó Mr. Cottin, lleno de alegría y de felicidad.

—¿Por qué estás tan triste, Gustavo? preguntaba una tarde Sofía á su primo, hallándose á solas con él.

—Estoy triste porque te amo y había pensado casarme contigo.

—Creo que mi padre lo pensó también; pero como luego pidió mi mano Augusto...

—Al que tú no amas.

—¡Te equivocas! yo le amo con todo mi corazón; él es mi primero y será mi último amor.

—¿Qué sabes tú lo que es amor? Te casas con él nada más que por gratitud.

—Acaso tengas razón; acaso no sepa yo lo que es el amor; pero sé lo que siento hacia Augusto, y lo que siento me basta para ser dichosa; yo ansío la hora de verle, y temo como á un mal irremediable la que me separa de él.

—¿Y por mí nunca han sentido nada?

—Nada semejante á lo que siento por Augusto: te quiero como á un hermano y nada más.

—¿Y si nos hubiéramos casado?

—Yo hubiera sido desgraciada: no te amaba como mamá ama á papá, y creo que esto es preciso para ser dichosos en el matrimonio.

Llegó el día del casamiento. Sofía, sencillamente vestida de blanco, entró en el salón apoyada en el brazo de su madre: la casa se hallaba iluminada desde la escalera y adornada con macetas de flores; el salón, resplandeciente con la luz de mil bujías, estaba ocupado por las damas de la alta sociedad de Burdeos, que habían acudido para honrar al novio, uno de los hombres más á la moda de París; el mundo financiero se hallaba allí también por sus relaciones con la familia Restaud.

Se procedió á la firma de los contratos, y en seguida debía tener lugar la ceremonia del casamiento. Augusto Cottin había rehusado todo dote para su esposa.

—Si un día me veo en algún apuro grave, vos me sacaréis de él á vuestra vez, había dicho á

Mr. Restaud al hablarle de la fortuna de Sofía; y os pediré vuestra ayuda; pero á vuestra hija la quiero sin nada, y tampoco quiero que penséis en que me debéis algo por el placer que tuve en serviros hace un año.

La ceremonia se celebró en el gabinete de Mme. Restaud, convertido en capilla: habíase elevado un altar rodeado de flores; la madre selva se enlazaba con las rosas blancas en graciosos festones; el heliotropo, las celindas, todas las graciosas flores del mediodía exhalaban allí sus perfumes á los pies de una bella imagen de María.

Algunas lámparas de plata iluminaban la cámara; dos ricos almohadones de raso blanco estaban preparados para los desposados delante del altar.

Sofía llevaba un vestido de gasa de seda blanca y un velo de encaje prendido con una diadema de perlas y brillantes; su pura belleza parecía mucho más encantadora, alumbrada con los rayos de su próxima dicha. Augusto, vestido de negro, estaba en pié al lado de Mme. Restaud, que estaba pálida y conmovida al pensar que iba á separarse de su hija: cuando entró la graciosa adolescente que se iba á desposar, un murmullo lisonjero acogió su aparición, y Augusto se adelantó á recibirla con el corazón palpitante de alegría. Firmáronse los contratos, y en seguida pasaron al gabinete donde debía tener lugar la ceremonia del casamiento.

En el momento en que la bendición del sacerdote unía para siempre á Sofía Restaud con Augusto Cottin, se oyó en el interior de la casa un gran ruido, entre el cual se percibían también algunos gritos ahogados.

Los esposos se levantaron; estaban unidos para siempre.

Mr. Restaud se lanzó á la puerta; su esposa, enteramente entregada á su pena, se abrazó á Sofía y cubrió su frente y sus mejillas de besos y de lágrimas.

De repente se oyó este grito funesto:

—¡Fuego!

—¡Augusto, salvad á mi mujer y á mi hija! ¡la casa está ardiendo por todas partes! gritó Mr. Restaud, que apareció lívido y con el cabello herizado. ¡Huid, huid!

Todos los convidados se lanzaron hacia las puertas de salida; los gritos, los sollozos se sucedían por todas partes; las mujeres caían desmayadas; otras gritaban. Augusto Cottin tomó á Sofía en los brazos y corrió á la escalera.

Uno de los convidados tomó también en los brazos á Mme. Restaud; mas antes de que diese algunos pasos, llegó el esposo que venía en busca de la esposa.

—¿Y Sofía? preguntó.

—Debe hallarse ya en salvo, respondió el que iba á salir con Adela; Mr. Cottin la ha conducido fuera de aquí.

—¡Salgamos nosotros! dijo Mr. Restaud, tomando de nuevo á su mujer en los brazos; todo está perdido; estamos arruinados; salvemos á lo menos la vida.

—¿Y Teresa? preguntó Mme. Restaud débilmente.

—¡Agonizando! respondió con voz sorda el negociante: ¡paga con la vida su delito!

Adela no comprendió el sentido de estas palabras; el terror embargaba todas sus potencias; e humo los ahogaba ya; las llamas los envolvían por todas partes. Mr. Restaud, llevando á su esposa en los brazos, y el amigo generoso que iba á salvarla, dejaron el edificio, que se desplomó á los pocos instantes.

Mr. y Mme. Restaud, Augusto y Sofía se reunieron en el hotel Inglés; los padres lo habían perdido todo; la casa era escombros, y cuanto poseían había quedado bajo sus ruinas.

—¡Yo tengo para todos! exclamó con generoso arranque Mr. Cottin. ¡Padre mío, no os aflijáis!

—¡Ah! exclamó dolorosamente Mr. Restaud; ¿por qué no habéis tomado, querido Augusto, no solo el dote de Sofía, sino también lo que yo os adeudaba? Eso á lo menos se hubiera salvado del odio de esos infames.

—¿De quiénes habláis?

—Teresa y Gustavo son los autores de nuestra ruina, dijo sordamente Mr. Restaud; oid lo que he visto. Entraba yo en la habitación de mi herma-

na para salvarla de las llamas, puesto que el incendio empezaba en aquella parte; Teresa estaba en su cuarto, de pié, rígida é inmóvil, apoyada en su sillón, con las mejillas lívidas y los ojos brillando con una luz sombría; al verme, soltó una carcajada amarga y helada como el filo de un puñal: yo creí que su juicio se había extraviado, y la quise sacar de allí.

—Déjame, me dijo; este incendio es obra mía: yo he encendido la llama del odio en el alma de Gustavo, y le he hecho instrumento de mi venganza... ¡yo os aborrezco á todos! él amaba á tu hija, y el odio y el amor unidos han dado el mismo resultado.

Yo lancé un grito de horror y sepulté el rostro entre las manos, lleno de angustia; mi hermana había consumado nuestra ruina... tal monstruosidad no cabía en mi entendimiento.

Entretanto las llamas avanzaban rápidamente; Teresa, sofocada ya por el humo, se dejó caer en su sillón, y en su rostro apareció la horrible satisfacción de la venganza cumplida; faltóle la respiración, y quedó presa de un letargo mortal, murmurando sordamente esta palabra:

—¡Venganza!

Me acerqué á ella: su pecho apenas latía; sólo había en aquel cuerpo débil un átomo de vida: indeciso acerca de lo que había de hacer con aquel monstruo que era mi hermana, pero que se moría, me acerqué á la ventana en busca de un poco de

aire. Gustavo, de pié en el jardín con los brazos cruzados sobre el pecho, y semejante á la estatua de la venganza, miraba avanzar las llamas: estaba pálido, y tenía, nuevo Judas, el cabello herizado sobre la frente.

—¡Monstruo de ingratitud! grité: ¡la justicia celestial te perseguirá y se encargará de mi venganza! ¡Vé, nuevo Caim! ¡cruza la extensión de la tierra! ¡el remordimiento de tu culpa irá siempre contigo!

Gustavo, al oír mi voz, huyó despavorido; no pudo llegar siquiera á la puerta del jardín, sino que saltó la ancha cerca y se lanzó al camino.

Me volví hacia Teresa... estaba muerta, impenitente y con el grito de la venganza en los labios.

—¡A París! dijo Mr. Cottin: mañana saldremos; yo trabajaré por todos, y Dios me ayudará: compadezcamos á los criminales, y dejemos al cielo el castigo de ese infeliz, al que no puedo menos de perdonar porque amaba á mi Sofía con toda su alma.